

poner á su amigo aquella línea de conducta.

—«Volvamos—añadía después de una digresión—al asunto. No nos podemos ver de día; queda la noche, es decir, las tinieblas. Creo que debía negaros esto. Vos mismo me despreciaríais. ¿Qué hacer? Entre mi corazón que me aconseja acceder, y mi razón que se rebela, no vacilo: obedezco al corazón. ¡Venid, pues, cuando queráis!

»Creo que atravesaría un incendio para reunirme con vos; pero no es preciso tanto. No conocéis á Maillepré y voy á tratar de pintarlo.

»Es una aldea de pocas casas. La iglesia se levanta en lo que puede llamarse la plaza; en esta hay una posada llamada del *Corzo*. La conoceréis por la muestra, donde se figura un pequeño cuadrúpedo cuya especie no se podría precisar. Después sigue el presbiterio y la escuela. Al poniente, la plaza está cerrada por un gran muro que no se puede franquear mas que con una escala, si una mano bienhechora no se encuentra á punto para abrir una puerta falsa medio oculta por el follaje que desciende desde lo alto de este muro, y que da acceso al parque de Maillepré. Allí ya no hay nada que temer.

»Me fío en vos. ¡Ay! ¿para qué ocultaroslo? Os amo cien veces más de lo que podéis amarme. ¡Os he entregado mi alma porque habéis sido bueno para mí!

»Venid, pues, cuando queráis. Acudiré, á una señal vuestra, á la puerta de que acabo de hablar, y os conduciré bajo estas sombras

en las que paso horas enteras pensando en vos, repitiendo vuestras palabras y recordando vuestras promesas.

»Hasta bien pronto. Venid. Os espera y os ama siempre

»BLANCA.

## XII

### Bajo los árboles.

La llegada del marqués de Lignerés y de su madre al palacio de Maillepré, fué causa de gran contrariedad para Margarita Souvray, que creyó hallar la paz y el olvido, ocultándose allí bajo el nombre de la muerta de Chapelle-aux-Ifs. Sin embargo, á esta contrariedad se mezclaba cierta alegría, porque no podía ser indiferente á la simpatía de Roger de Lignerés.

Este, á su vez, sentíase dominado por la pasión que concibiera al recibir en su lecho ensangrentado los solícitos cuidados de Margarita, y aprovechaba todas las ocasiones para mostrarle el fondo de su corazón. Ella parecía evitarlas.

Sin embargo, un día, después del almuerzo, Margarita se paseaba por la orilla del río, sola, inquieta y dominada por crueles incertidumbres, ocasionadas por la causa que vamos á decir.

La señora de Maillepré sentía viva afeción por su sobrino el conde de Meillant, de cuyo regreso se hablaba á todas horas, cam-

biándose entre los huéspedes sus opiniones sobre las ideas de aquél, que á los ojos de la señora de Lignerés era un ente original, una especie de filántropo que se había hecho médico y quería ser sacerdote para consolar á la humanidad doliente. La altiva señora no escaseaba sus sátiras contra el desgraciado Pedro de Meillant, á quien defendían calurosamente la duquesa y su amigo Godet, ávido de romper lanzas con la viuda, á quien detestaba.

Estas discusiones, repetidas á cada paso, habían hecho reflexionar á Margarita, y poco á poco, á consecuencia de ellas, fué asaltada de un nuevo temor.

El desconocido que le había hablado una noche en la plaza Clichy, se llamaba Pedro, y, según le dijo, era médico, añadiendo que no había renunciado al mundo obedeciendo á su vocación, por las súplicas de su madre. El conde Pedro de Meillant era bueno, según afirmaba Mr. Godet; era rico; y bueno, generoso y rico debía ser el joven que había asistido á su hermana en sus últimos instantes, y le había pagado una sepultura. Temerosa de verle aparecer, Margarita se preguntaba si el conde Pedro de Meillant el sobrino de la duquesa de Maillepré y el desconocido á quien debía tanta gratitud no eran la misma persona.

Si era así, si iba á Maillepré y la reconocía como la había reconocido el marqués de Lignerés, se descubriría su superchería. ¿Cómo impedir que hablase á la duquesa y que ésta la arrojas de allí, justamente in-

dignada por su audaz mentira? Ante esta idea se le oprimía el corazón, llegando á pensar en confesarlo todo á su protectora, antes que exponerse á las angustias que sufría y á la afrenta de una expulsión. ¿Pero y si la duquesa no la creía? Perdía de un golpe la estimación y la amistad de los que le rodeaban, incluso la del bueno y afectuoso Mr. Godet. ¿Qué hacer?

No se atrevía á hablar ni á callar. Creyéndose sola en aquel sitio, dió rienda suelta á su dolor, dejardo escapar profundos suspiros, sin acabar de decidirse. Era la imagen de la desolación.

De pronto se levantó asustada, porque oyó el ruido de las hojas secas al ser holladas por alguien, y al volver la cabeza vió al marqués de Lignerés, que se dirigía hacia ella sonriendo.

—Estaba allí—dijo, señalando un rincón del bosque,—os ví llegar y me oculté temeroso de asustaros. ¿Por qué huís de mi?

—¿Yo? ¿huir de vos? ¿Por qué habia de huir?—dijo esforzándose por aparecer serena.

—¿Qué se yo? Pero ese es el hecho. Hace días que busco todas las ocasiones de hablaros y las evitais con empeño.

—Por eso—añadió bajando la voz,—he tenido que emplear la astucia y os he espionado... Estais triste y buskais la soledad. Me creeis dichoso tal vez, como todo el mundo y sin embargo...

—¿A quien le hareis creer que no lo sois?

—A vos.

—No lo esperéis.

—Sí, á vos á quien busco para contaros mis penas, para que os apiadéis de mí.

—Ya me las contaréis en otra ocasión.

—No,—dijo cerrando el paso á Margarita,—es preciso que me oigais. Si, soy joven, soy rico, llevo un nombre ilustre, todo eso que dice la gente y por lo cual me consideran feliz, pero estoy encadenado, como el preso que lleva el grillete al pie.

—Sin embargo, os creo tan libre como el aire.

—¿Libre? Bien, sí; ¿y mi madre?

—Vuestra madre os idolatra. Esta misma mañana lo decía M. Godet.

—M. Godet se burla de mí. Sin duda, mi madre me idolatra, pero á su manera, que no es de las mejores, por cierto. Me idolatra con celo feroz, con despotismo... El shah de Persia y los más famosos tiranos son cerdos en comparación suya. Estoy bajo un yugo de hierro que trato en vano de sacudir.

—¡Os burlais!

—¿Queréis una prueba? Antes de la guerra, había pensado en casarme... En el aburrimiento de la vida del campo se experimenta cierto vacío que yo quería llenar con el matrimonio, para no hallarme aislado, y tener un rostro joven que contemplar en la inmensa morada en donde estamos reclusos, como en una clausura... Me importaba poco quién fuese la mujer; lo esencial era casarme. Pero mi madre no encontró ningún partido á su gusto entre todas las here-

deras de Normandía ni de la Bretaña. Entonces estalló la guerra y la aproveché para ir en busca de la muerte, única esperanza ya de emanciparme de la tutela maternal... Pero ya lo sabéis, no logré más que sustraerme temporalmente á ella mientras estuve en el hospital... Después he vuelto á quedar sometido.

Hablando así el joven, examinaba con satisfacción mal contenida el rostro á la vez triste y apacible de la joven, que le atraía como ninguna otra mujer. Además, lo que había oído desde su llegada á Maillepé, reavivaba sus sentimientos hacia Margarita.

M. Godet no cesaba de elogiarla con un entusiasmo sin límites.

—¡Ah!—decía á Roger delante de su madre—¡si yo tuviese treinta años! ¡Qué tesoro! A lo que respondía la marquesa.

—Pero convendría saber de donde procede ese tesoro.

M. Godet abría su tabaquera y decía aspirando un polvo:

—¡Qué delicioso tabaco! ¿No sería un bestia quien tratase de averiguar en que campo se ha cultivado?

Era una batalla continúa entre el viejo y la orgullosa viuda.

La marquesa tenía siempre el mismo argumento en los labios.

—María Magdalena es una hija natural indudablemente.

—¿Acaso son artificiales las demás?—exclamaba M. Godet.

—Vois sois filósofo y yo no: hay leyes de que no puede prescindirse.

—Quisiera saber quien las ha hecho.

—¿Quién? El mundo.

—Sí, el mundo vuestro.

Roger vaciló algunos días entre ambos combatientes.

Al lado de Margarita, su amor crecía por momentos, por que la hija del coronel no tenía mejor defensor que ella misma.

En aquel paseo por la orilla del río, caminando cerca de ella, admirando su talle flexible, su triste sonrisa, sus ojos negros, su pálido semblante, se esforzaba inútilmente por contenerse.

Durante algunos minutos, los dos jóvenes caminaban en silencio bajo la sombra de los árboles.

La joven quiso tomar una calle que subía hasta el palacio y Roger la detuvo.

—Quedaos—le dijo con tono de súplica.

Y expresándose con gran calor, habló largo tiempo de la adoración que sentía por la joven, que le escuchaba distraida.

Cuando concluyó le dijo:

—Pensad en lo que soy y en lo que sois vos. Yo, una pobre que trabaja para vivir, que carece de familia y de amigos... Vos, rico, hijo único, heredero de grandes riquezas y de un nombre respetable...

—¿Qué importa?

—...¿Creéis que me puede ser permitido escuchar semejantes proposiciones del hijo de la marquesa de Lignerres?...

—Entremos, porque notarán nuestra au-

sencia—dijo volviéndose hacia el palacio.

—La última palabra, os lo suplico.

—Sea.

—¿Qué suponéis?—dijo Roger con voz vibrante de pasión. He reflexionado bien lo que os he dicho. Al hablaros de amor, no se trata de un amor efímero, de una de esas pasiones que brillan unos días para extinguirse en seguida, sino de un compromiso formal, del único lazo que me atrevería á ofrecereros, de un matrimonio que deseo con toda el alma.

Las miradas de los jóvenes se encontraron y Margarita bajó los ojos, como si la deslumbrase el destello de los del marqués. ¿Qué podía decir?

Siguió un silencio solemne.

—Y bien, ¿qué decís?—preguntó Roger.

—¿Qué queréis que os diga? Vuestras palabras me han conmovido... las creo sinceras...

—No lo dudéis.

—Pero son hijas de la irreflexión, creedme. Esos proyectos son hijos de una fiebre pasajera.

—Una fiebre incurable—dijo él suspirando.

—¿Me conocéis siquiera?

—Sí, puesto que os amo.

—Ilusión de un momento, quimera, delirio.

—¿Sois hermosa!

—¿Cuántas no lo son más que yo pueda serlo?

—Pero no las amo, y á vos sí.

Entonces trató de cogerle las manos, y ella le rechazó suavemente.

—Serenaos —le dijo.— Nos pueden sorprender, y si se dudase de lo que vos me decís, estaría perdida.

—Si os quedo yo, ¿no es bastante?

Margarita le miró cara á cara.

—¿Qué diría vuestra severa mamá? ¡Pensadlo bien!

Roger se mordió los labios.

—Ya lo veis—prosiguió Margarita sin darle tiempo para reponerse,—no os atrevéis á responderme; estáis espantado. Hablamos seriamente. Vuestra madre se irritaría con razón. He procurado hacerme agradable á ella; pero no lo he conseguido. Ahora, oid mi respuesta: me pedís un imposible, yo no puedo ser vuestra esposa. ¿Sabéis lo que soy? ¿Conocéis mi origen? ¿Os han dicho por qué me alisté entre las enfermeras que con riesgo de su vida iban á cuidar de las víctimas de la guerra? ¿No sabéis que era la desesperación la que me impulsaba á aquel sacrificio, del que esperaba la muerte?

—Hay aquí—prosiguió poniendo la mano sobre el corazón,—uno de esos secretos que no se pueden confesar. Entendedme bien; aun cuando yo quisiera escucharos, y vuestras palabras despertasen en mí el amor al impulso de una pasión sincera y generosa, el decoro me impondría el deber de cerrar á vuestras declaraciones mis oídos y mi corazón.

Se detuvo, revelando una exaltación que

realzaba su belleza. El joven la devoraba con los ojos.

—¡María Magdalena!—exclamó,—lo que decís es imposible... no sostendréis vuestra negativa.

—Es irrevocable,—dijo ella visiblemente turbada por la evocación del nombre de su compañera.—Si me amais, dejadme en paz en mi humilde posición; no turbeis inútilmente mi corazón, que quiere permanecer cerrado á las alegrías permitidas á los demás. Todo cuanto ambiciono es el olvido en este refugio: os lo pido y no temo que me lo negueis, si os inspira alguna amistad la que antes os cuidó y consoló, y si quereis tener para con ella algo de la caridad que ella tuvo para vos.,,

Se inclinó llorando ante el joven, y tomando un sendero que empezaba en aquel sitio, se dirigió hacia el palacio.

Roger de Lignerés quedó pensativo. ¿Qué había querido decir la protegida de la duquesa? ¿De qué misterio hablaba? Decidido á arrancarle su secreto, se disponía á seguirla cuando oyó la voz desagradable de la marquesa de Lignéres, que se dirigía hacia él.

—¿Que le habeis dicho á esa joven, que vá tan turbada?

—¿Yo?...—balbució el joven, sorprendido *infraganti*.—No sé verdaderamente...

—Vaya—dijosu madre—no trates de mentir: ya sabes que sería inútil conmigo. Entremos, porque la interesante conversación te ha hecho perder la noción del tiempo.,,,

ya es hora de comer. Si esa joven, añadió irónicamente, es tan espiritual como hermosa, su compañía debe ser muy agradable.

—¡Es más espiritual que hermosa, madre mía!

—Me parece que llevas tu admiración por ella tan lejos como M. Godet.

—Más aún—dijo Roger.—Creo de mi deber deciroslo.

—¿Abrigas proyectos respecto de ella?

—Sí.

—¿Qué me dices?

—La verdad. Desde que estamos en Maillepré, buscaba ocasión de hablarle y no la encontraba: ella lo evitaba cuanto podía.

—Es una táctica muy hábil.

—No, es que no quería verme. Entonces la espíe...

—¡Bonito papel!

—Proceder de enamorado.

—¿Y después?

—La he seguido, logrando sorprenderla sin que ella lo pudiese evitar. He aprovechado entonces la ocasión...

El joven vacilaba.

La marquesa concluyó la frase:

—Para declararte á ella, ¿no es eso?

—Precisamente.

—¿Y te ha escuchado?

—Con resignación nada más.

—Me alegraría saber lo que le has dicho.

—Le he dicho que la amo y que deseo hacerla mi esposa.

Roger había pasado el Rubicón,

—¿Casarte con ella?—preguntó la marquesa admirada.

—Sin duda.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—Con entusiasmo.

—¿Crearás tal vez hallarte en tu juicio después de decir eso?

—Seguramente. Y la prueba es que creo que me pondréis vuestro veto.

—Puedes estar seguro de ello—dijo la marquesa sonriendo;—pero será por tu propio interés.

—Estoy irrevocablemente decidido.

—¿Aun sin mi consentimiento?

—Espero que me lo otorguéis de buen grado.

—No lo esperes.

—Sea—dijo tranquilamente el joven;—no iré contra vuestra voluntad...

—Enhorabuena.

—Pero como soy mayor de edad y dueño de mis actos, abandono para siempre á Lignerres.

—¿Y adónde irás?

—A París, como todo el mundo.

—¿Para arruinarte?...

—Mejor quiero arruinarme que morir de tedio.

—Para frecuentar los círculos, el juego; sostener mujeres...

—Puesto que no me permitís sostener á la única que amo...

El rostro de la marquesa estaba teñido de púrpura, señal de una agitación extraordinaria.

—Veamos—dijo, cambiando bruscamente de táctica y afectando un tono conciliador, —te ruego que me pongas al corriente de todo... Ya sé lo que has dicho á esa joven, pero ignoro lo que te ha contestado.

—Muy sencillo: que no me podía escuchar.

—Eso es hablar como la misma razón.

—Dice que no se casará nunca, para lo cual tiene sus razones.

—¿Te las ha dicho?

—No.

—Entonces, querido Roger—dijo la marquesa casi radiante,—nuestra disputa es superflua. Todo está arreglado, ó por mejor decir, todo ha concluido.

El joven sonrió.

—Creo—dijo—que me rechaza solo por delicadeza, comprendiendo ó adivinando vuestra oposición; pero espero convencerla...

—¡Ah! ¿Esperas eso?

—Y convenceros también, madre mia. El día en que os convenzáis de que ninguna mujer puede asegurar como ella mi felicidad y la vuestra...

Nunca habia mostrado Roger de Lignerres tanta fuerza de voluntad ni tanta firmeza delante de su madre.

Esta, reflexionando que seria peor oponerse abiertamente, se decidió á vencerlo con la estrategia.

—Bien, esperemos—le dijo.—Yo no quiero más que tu dicha; pero mi corazón de madre me dice que no está en ella, Roger,

Este no respondió, satisfecho del éxito de su primera tentativa y confiando en que María Magdalena realizaría la difícil conquista de la viuda.

La joven habia llegado al palacio, refugiándose en su habitación, flotando su espíritu entre el temor y la esperanza. La proposición de Roger la halagaba, pero le parecia irrealizable, porque para acceder á sus súplicas tenia que llevar la farsa hasta el fin. ¡Imposible!

La campana avisó para comer.

Arregló su vestido un poco y se asomó un instante á la ventana del parque. Blanca Carol leía á la sombra de los tilos una extensa carta que deslizó entre sus ropas, al percibir á su amiga, á la que hizo una señal para que bajase.

—¿Estabais leyendo?—preguntó al llegar junto á ella.

—Una carta de una compañera de colegio—respondió Blanca.—Esta tarde os he buscado inútilmente.

—¿Qué queriais?

—Un consejo.

—Aun puedo dároslo.

—No. ¡Es demasiado tarde!—murmuró Blanca.

—¿Se trata de algún asunto grave?

—¡Muy grave!

—¡Oh!—dijo interrumpiéndose bruscamente—¿sabéis que tenemos otro huésped?

—¿Quien?

—Mr. Pedro, el sobrino de la duquesa, el que quiere ser cura,

Margarita sintió un sacudimiento.  
 —¿No le conocéis?—preguntó Blanca.  
 —No.  
 —Vedle allí.

## XIII

## El conde Pedro de Meillant.

Las dos jóvenes estaban en aquel instante en la terraza, adornada con sillones rústicos y bancos que se extendían delante de la fachada principal del palacio. Los huéspedes de la duquesa, reunidos en el salón, se agrupaban en los huecos de las ventanas abiertas sobre el parque.

—Venid, señoritas—gritó Mr. Godet, sacando su reloj,—nos hemos cansado de esperar.

—¡Oh! Por unos minutos...—dijo Blanca.

—Se os perdona—dijo paternalmente el viejo,—pero entrad.

La duquesa se apoyaba en el marco de una ventana, y cerca de ella había un joven con quien conversaba.

Al ver á Margarita el joven experimentó cierta turbación.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó á la duquesa.

—La misma de quien te he hablado.

—¿Vuestra lectora?

—La misma. Pero ¿qué te sucede? ¿Por qué esa sorpresa?

—Por nada—dijo riendo.—Un simple re-

uerdo... una semejanza, muy vaga en verdad... muy confusa.

La turbación del joven no era nada al lado de la emoción de Margarita, que permanecía como clavada en el suelo, sin atreverse á dar un paso. La fisonomía del joven le produjo el efecto de cabeza de Medusa.

No había duda: era el desconocido que le había hablado en el boulevard Clichy. Era él.

La duquesa hizo la presentación de las jóvenes.

—Querido sobrino—dijo,—Blanca, á quien conoces, y María Magdalena, á quien no habías visto nunca.

Margarita dirigió al conde una mirada suplicante, y pudo leer en los ojos del joven una gran expresión de bondad.

—¿No me abrazais?—dijo á Blanca.

Esta le presentó su frente.

Pedro saludó á Margarita, inclinándose sin decir una palabra.

La hija del coronel respiró, creyéndose salvada: el conde no se acordaba de ella.

La comida acabó sin incidentes, y los convidados volvieron al salón.

La duquesa cogió del brazo á su sobrino y le preguntó en voz baja:

—¿Qué te parece mi nueva protegida?

—Muy bien. ¿Cómo decís que se llama?

—María Magdalena.

—¿María Magdalena?—repetía él, como buscando en su memoria.—¿Y qué más?

—Nada más.



—¿Entonces será una hija bastarda?

—Casi.

El conde hizo un movimiento que denotaba la duda.

—¿En qué piensas? — preguntó la duquesa.

—En nada.

—Sí, tú piensas en algo...

—En nada; os lo aseguro. ¿Os agrada esa joven?

—Más que eso: me encanta. Es un carácter adorable: sumisa, dócil, previsora, con un atractivo que se hace amar de todo el mundo.

—En una palabra: un dechado de perfección—dijo el conde.

—Al menos, de todas las buenas cualidades.

—¿De dónde procede?

—Ya te lo contaré después... Es toda una novela... Ahora no podríamos entendernos.

—En efecto, la marquesa de Lignéres acababa de sentarse ante el piano y preludiaba el huracán.

—Tened cuidado—dijo Pedro, —os estropea el instrumento.

Era verdad: el piano sonaba con terrible violencia. La señora de Lignéres debía estar en el más alto grado de excitación, porque nunca había tocado un vals con tan formidable energía; pero este ruido tenía una ventaja para algunos.

Roger de Lignéres se aprovechó de él para acercarse á Margarita, que contemplaba el parque asomada á una ventana,

—¡María Magdalena! — murmuró á su oído.

—¿Os habeis propuesto perderme?— preguntó ella en voz baja.

—He jurado haceros dichosa y ser dichoso por vos.

—¡Os lo ruego!—dijo viendo que la duquesa y Pedro la miraban, volviendo á sumirse en sus contemplaciones.

Roger de Lignéres y Pedro de Maillant formaban el mayor de los contrastes. El primero era el tipo seductor que tanto agrada á las mujeres; el segundo, por el contrario, grave y severo, aunque rebosando bondad en su rostro y modales, con ojos penetrantes capaces de escudriñar en el fondo de las almas, parecía casi refractario al amor. La presencia de éste aumentaba el malestar de Margarita, que se apresuró á pedir permiso á la duquesa para retirarse. Al salir, el conde le dirigió un saludo amistoso, siguiéndola con la vista hasta que traspuso la puerta. Después reanudó la conversación con su tía.

—No me habeis dicho de dónde ha venido esa joven.

—Es toda una historia.

—¿En dónde estaba ántes de venir aquí?

—En Rusia.

—¿Hacia mucho?

—Dos años. Era institutriz en casa del conde Breskow, cerca de Moscou. Después volvió á Francia al estallar la guerra, y se alistó en las ambulancias. Ella asistió á Roger en las inmediaciones de Besanzón.

—¿Fué allí dónde se enamoró de ella?